



---

## ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

---

### ANOTACIÓN SOBRE LA UNIVERSIDAD

FRANCISCO ROMERO <sup>1</sup>

Sin tiempo ahora, por la estrechez del plazo concedido, para examinar con algún detenimiento los problemas de la Universidad argentina, deberé limitarme a consideraciones muy parciales y someras, apenas indicaciones sueltas de una tema de ilimitada extensión y de suma gravedad.

Lo primero que importa destacar es que lo principal en la Universidad (como en cuanto atañe a la vida espiritual) son los hombres, la calidad científica y moral de los hombres llamados a la función docente en ella. Y de intento digo: a la función docente, porque la función de gobierno en la Universidad es accesoria y lo es más en la medida en que la función docente se aproxima a lo que debe ser, Entre nosotros se ha desarrollado una morbosa superstición formalista y leguleya que concede una significación desmedida a los estatutos y reglamentaciones. En este punto debemos aprender de Inglaterra y de los Estados Unidos. Las reglamentaciones más sabias y completas son inoperantes si los hombres carecen de las condiciones requeridas; el

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en Sur, Noviembre y Diciembre, 1955, Buenos Aires, pp. 10-15.

reglamentarismo extremo crea una mentalidad abstracta y maquinal y trae consigo la suposición de que las disposiciones y prescripciones son lo más importante y lo demás interesa poco. Aquí, "lo demás" son los hombres destinados a ocupar cátedras y regir institutos. Una sociedad civilizada necesita sin duda de un sólido aparato institucional; pero no caigamos en el error de descuidar la sustancia que ha de llenar los cuadros estatutarios, animarlos, otorgarles actividad y sentido. Lo esencial en la Universidad son los hombres que han de enseñar en ella, y es obligación elegirlos, solicitarlos, buscarlos donde estén para traerlos a la función que por su capacidad, autoridad y eficacia les corresponde. De otro modo no tendremos Universidad sino una burocracia mala y costosa. Desde hace tiempo —desde más lejos que los comienzos del ominoso régimen derrocado— la Argentina es uno de los países en donde menos han contado los valores personales, donde más vocaciones y aptitudes se han desperdiciado. Nunca olvidaré una frase que oí hace años a Pedro Henríquez Ureña, cuyos términos no puedo reproducir textualmente, pero que sonaba más o menos así: "La Argentina es un formidable amontonamiento de materiales para construir una gran nación." Y Don Pedro era hombre tan sincero como buen observador.

El universitario, por su papel en la sociedad, no puede ser un hombre desprovisto de una implantación general en la realidad, de una concepción total del mundo, de la vida, de los problemas actuales de su país y de la humanidad. A esta noción del conjunto, aprendida, decantada y asimilada, la podemos llamar provisionalmente humanismo. El médico, el abogado, el ingeniero, el especialista en cualquier apartado de la cultura y de la técnica, ejercen su acción y su influencia en territorios que de ordinario rebasan notablemente el de su preparación profesional. Bien está —y aun con muchas reservas— que se desempeñen ante como profesionales en sus ocupaciones específicas, pero resultaría deplorable que al afrontar cuestiones de mayor radio, contemplen, respectivamente, la realidad entera como una enfermedad, un pleito, una maquinaria o un problema de filosofía o de literatura. La Universidad debe proporcionarles los fundamentos de una visión armónica y completa de las cosas. Cuando era presidente de la Universidad de La Plata, Alfredo L. Palacios concibió y puso en marcha un plan de educación universitaria integral que atendía a esta patente necesidad. Registré su proyecto en uno de mis libros, y al consignar su supresión dije lo siguiente: "El pasajero olvido que cayó sobre la trascendental iniciativa no significa, probablemente, sino que era incompatible con muchas cosas que desde entonces ocurrieron en nuestras Universidades. Y de seguro que cuando terminen todas esas cosas, ella volverá." Ahora es la ocasión de que vuelva.<sup>2</sup>

Nuestras Universidades padecen de inconexión interna, de fragmentarismo y dispersión. El vínculo unificante de sus facultades e institutos no pasa de ser, en la mayoría de los casos, el administrativo. Urge establecer en ellas una unidad superior, un espíritu común, una solidaridad de tareas y fines. Cada Universidad debe ser un gran cuerpo con un alma y hasta con una vida de relación —eso que comúnmente se denomina "vida social"— entre todos sus componentes. El estudiante suele desentenderse

---

<sup>2</sup> Ver *Un experimento universitario*, en mi libro *Ideas y Figuras*, Losada, 1949.

de su Universidad cuando rinde su último examen, porque no halló en ella sino una oficina donde se escuchaban lecciones y se daban exámenes, sin consistencia propia, sin calor humano, sin otro atractivo que el de otorgar un título. La vinculación filial del egresado con su Universidad, de regla en otras partes, no existe entre nosotros. La Universidad debe integrarse, articularse en el complejo de la existencia nacional, y para ello debe integrarse y articularse ella misma.

Sobre esa integración y articulación de la Universidad en sí y con la sociedad habría mucho que decir y no es asunto para discutirlo en estas indicaciones sucintas. La unificación interna se puede lograr en parte con los cursos de formación integral o humanística de que se trató antes; también mediante las llamadas ciudades universitarias, pero ha de evitarse el peligro de convertir por este medio las Universidades en reductos cerrados y autosuficientes o el de trasladarlas a lugares apartados, con perjuicio notorio para el estudiante, que muchas veces se ayuda con una ocupación o empleo. En las ciudades menores, bastaría con aproximar espacialmente las distintas secciones. En La Plata el problema casi no existe, porque la ciudad es en cierto modo una Ciudad Universitaria, y bastarían pocos retoques para perfeccionar el cuadro. Debe huirse de los planteos homogéneos y resolver particularmente en cada caso, atendiendo primeramente a lo capital, la conexión espiritual, la vinculación humana, porque puede haber aislamiento con una pared por medio, y estrecha correlación y comunicación a muchos metros de distancia.

La comunicación e intercambio entre la Universidad y la comunidad, la sociedad circundante, es deseable y aun necesaria para que la Universidad no se anquile, para que la vida común del país, sobre todo la más próxima, opere sobre ella como incitación y como control, y también reciba de ella la mayor suma posible de inspiraciones y bienes. Entre las formas de acción de la Universidad sobre la sociedad se halla la llamada extensión universitaria, que debe ser planeada juiciosamente para que no duplique la función de otros organismos privados o estatales creados para la educación popular, y también para que no signifique para el universitario una salida por la tangente, un escape por la línea del menor esfuerzo. La extensión universitaria es una tarea todo lo importante que se quiera, pero marginal, y no debe en ninguna manera significar desmedro para la ocupación universitaria céntrica: cumplida ésta a fondo y con el máximo rigor, todo esfuerzo expansivo y en provecho de la cultura popular que se le adjunte será justificado y loable, y deberá ser fomentado. Hay otros tipos de auxilio universitario a la comunidad cercana, que se practican en otras partes y podrán ser adoptados y adaptados a nuestras exigencias y características. Y la sociedad, los individuos y las agrupaciones, deben a su vez ayudar a las Universidades por vía directa y sin delegar, como de costumbre, en el Estado, proporcionándoles subsidios para fines concretos (edificios, instrumental, etc.); dotando becas o creando cátedras especiales. Tres o cuatro libros entre los más famosos de la filosofía reciente, de autores tales como Royce, Alexander y Whitehead, son el resultado de cursos dictados en la cátedra fundada por Lord Gifford en Escocia.

La homogeneidad, la predilección por lo simétrico y uniforme, ha sido una calamidad en nuestro régimen universitario; las Universidades querían ser todas la repetición de un modelo único en la composición y el volumen. Mérito y gloria de Joaquín V. González fue romper este esquema en su memorable creación de la Universidad de La Plata. Las Universidades no sólo deben ser diferentes porque la vida de la cultura es espontaneidad y diversificación, sino además porque nuestro federalismo debe también estar representado en este plano e impone una correlación de las casas de altos estudios con las regiones donde asientan; además, la cultura y la técnica contemporáneas son muy vastas y si aspiramos a que todas sus ramas se hallen representadas en el país, habrá que transigir con que ciertas especialidades se enseñen en determinadas Universidades y enseñantes dignos de tales títulos. Hay actualmente cátedras de materias de alta especialización servidas por personas que no pasan de modestos aficionados. No sólo deben ser distintas las Universidades en estatutos, cátedras y programas, sino también en la magnitud; una universidad pequeña en su volumen puede ser muy respetable en su nivel, y diluirse y rebajarse si se lleva a una amplitud artificial y para la cual no cuenta con los elementos adecuados.

Dos verdaderas plagas de la Universidad argentina son el “apuntismo” y el “examinismo”. Se estudia con mucha frecuencia por apuntes, y se estudia para dar exámenes. El apunte evita acudir a los libros, confrontar doctrinas y opiniones, reelaborar personalmente lo aprendido, “estudiar” en sentido propio; con la parca sustancia del apunte se va al examen, entendido, por desgracia, en términos tales que posee mayores posibilidades de éxito en él quien repite de memoria el apunte que quien ha estudiado concienzudamente la materia. Todos sabemos de qué se trata y que lo censurado aquí no es la indispensable anotación tomada mientras se atiende a una lección o se lee una obra, ni tampoco la prueba lícita e indispensable para comprobar el aprovechamiento del alumno.

Tema considerable es el de la finalidad o función general de la Universidad. En mi opinión, debe ser ampliada encarando la posibilidad de atraer a sus aulas y laboratorios a muchas personas que en la actualidad no los frecuentan. Abundantes órdenes de las actividades sociales, y no sólo el repertorio de las profesiones llamadas universitarias, pueden enriquecerse y elevarse si quienes las practican han recibido educación y formación en la universidades.

Esto, como se advertirá, no es sino una especie de libre conversación sobre la cuestión universitaria, el comienzo de una conversación que puede interesar a muchos. Por mi parte, espero y deseo seguir conversando sobre el asunto.

